

Huye á lo lejos la niebla.  
 Oyese el Tajo espumoso  
 Murmurar entre las peñas,  
 Con el canto de las aves  
 Que las orillas le pueblan,  
 Y que al son de su corriente  
 Desvanecidas se alegran,  
 Y le beben los cristales  
 Y le pican las arenas.  
 Hermosa está la mañana,  
 Y está la naturaleza  
 En su claridad bañándose  
 Encantadora y risueña.  
 Suave y natural frescura  
 Perfuma el aire, y penetra  
 En el cerebro alejando  
 Melancólicas ideas.  
 La vista cruza la atmósfera  
 Hasta una distancia inmensa  
 Por entre su velo diáfano  
 Perdiéndose sin violencia.  
 Y los objetos reciben  
 De la luz formas tan bellas,  
 Que enamoran los sentidos  
 Con mil ilusiones nuevas.  
 Un pajarillo volando,  
 Si pasa rápido y cerca,  
 Bajo sus alas tendidas  
 Mil tornasoles refleja;  
 Mil armonías silvestres  
 Del pico parlero suelta,  
 Y tras su rápida sombra  
 Ojos y oídos nos lleva.  
 Una triste florecilla  
 Que en los céspedes vegeta,  
 A la luz pura del alba  
 Ricos matices ostenta,  
 Y aroma grato despide,  
 Y jugo abundante deja,  
 Y el cáliz do el semen guarda  
 Menudas hojas conservan.  
 Y si la flor por acaso  
 Crece en un áspera piedra  
 En un carcomido muro,  
 O de un tronco en una grieta,  
 Y allí libre y encumbrada  
 Su forma al aura presenta,  
 Y la estremece vagando  
 Sutil el aura y risueña...  
 ¡Oh! delicia de los ojos,  
 Dulce imán de las inciertas  
 Memorias mal adormidas,  
 Nos encanta y engaña  
 La florecilla silvestre;  
 Y tanto bien nos recuerda  
 Que nos detiene á mirarla...  
 Y ¡qué embeleso se encuentra,  
 Qué de ilusiones suavísimas,  
 Qué de deleites en ella!  
 ¡Cómo pensar en desastres,  
 Ni cómo tender tras verla  
 Los desencantados ojos  
 Por la ensangrentada arena?

Mas ¡ay! que ya por Toledo  
 Las roncacas trompas resuenan  
 Y se oye son de caballos  
 Y vivas, que la presencia  
 Anuncian del rey Egica,  
 Cuya venganza no alteran  
 Ni la beldad de la víctima,  
 Ni la crueldad de la pena.  
 Allí en el estenso circo  
 La muchedumbre que espera,  
 A las ventanas se agolpa  
 Y se empuja y se atropella.  
 Los que no ven se encaraman,  
 Los oprimidos se quejan,  
 Los ventajosos insultan,  
 Los pendencieros contestan;  
 Y crúzanse las palabras,  
 Y trábanse las pendencias,  
 Y las puñadas se emprenden  
 Y la chusma se rebela.  
 Gritan unos—; *Que se matan!*  
 Otros gritan—; *vayan fuera!*  
 Los que ven, gritan *¡ya vienen!*,  
 Aplauden y victorean.  
 El rey al cabo en el circo  
 Con sus cortesanos entra,  
 Y cada cual toma puesto  
 Y la multitud se aquieta.  
 Vuélvense todos los ojos  
 Al sitio dó el rey se sienta,  
 Y al fin como hay que ver algo  
 La multitud se contenta.  
 Los que aguardaban ya dentro  
 Saludan á los que llegan,  
 Los recién llegados buscan  
 A los que saben que esperan.  
 Y crúzanse besamanos,  
 Nombres, sonrisas y señas;  
 Y repárase en el lujo,  
 En la gracia y la belleza,  
 Y el rico incomoda al pobre  
 Y el pobre aguanta y se estrecha.  
 Allí le distrae un calvo,  
 Allí abajo una moznela  
 Que con descoco replica  
 A algunas gracias groseras.  
 Acá una dama notable  
 Por una hermosura extrema  
 Llama la atención del vulgo  
 Que atrevido la contempla.  
 Y allá un hombre de justicia  
 Con impavidez austera  
 A los chispazos del vulgo  
 Oídos hace de piedra.  
 Mas otra vez enterados  
 Los ociosos, de que aquella  
 Detención no tiene causa  
 Y que la función no empieza,  
 Vuelven con largo murmullo.  
 Memoria á hacer de la fiesta;  
 Corre la voz por las gradas  
 Y á grados la voz se aumenta,  
 Y poco á poco concluye

Gritando la masa entera:  
 —Que saquen á la acusada.  
 —El acusador que venga!  
 Y unos piden el combate  
 Y otros claman por la hoguera.  
 Crecen la audacia y las voces,  
 El tumulto se acrecienta,  
 Ni la majestad se mira  
 Ni la razón se respeta.  
 Y al fin con fúnebre pompa,  
 De Occidente por las puertas  
 Entró cercada de lanzas  
 En la liza la princesa.  
 Desmelenada venia,  
 Sin esperanza, ni fuerzas,  
 A pié y en el bello rostro  
 El carmin de la vergüenza.  
 El pueblo elevó un murmullo  
 De ambigüo sentido al verla,  
 De compasión á una parte,  
 A otra parte de insolencia.  
 Dijeron unos—; *qué lástima!*  
*Tan jóven... y una princesa...*  
 —Y contestaron algunos,  
*Esa es la ley verdadera,*  
*La que igual para con todos*  
*Hasta todas partes llega.*  
 Aunque muchos por lo bajo  
 (Y de virtud mas severa)  
 Dijeron: *Esto es venganza,*  
*Y si eso al rey interesa*  
*Matárala en su prision*  
*Si es que morir mereciera;*  
*Al menos por escusarse*  
*Ver en su sangre esta mengua.*  
 Así el pueblo se dolía,  
 Pero por fin iba á verla.  
 Llevaron á doña Luz  
 A un tablado de madera  
 Do hay un sitial sin respaldo.  
 Preparado para ella.  
 Detras se sentó el verdugo,  
 Y al pié se hacinó la leña  
 Donde debía morir  
 A no probar su inocencia.  
 Cercaron todo aquel sitio,  
 Soldados, y hecha la venia  
 Al rey, los jueces del campo  
 Fueron á abrir las barreras.  
 Leyóse el pregon dos veces,  
 Y al sonar de las trompetas  
 Armado el acusador  
 Se presentó en el arena.  
 Salió por frente al tablado,  
 Pero por la parte opuesta  
 No pareció un caballero  
 Ni se apercebíó una seña.  
 Volvió á entablarse en voz alta  
 La acusación, y en presencia  
 Del pueblo fué condenada  
 Pues que no hay quien la defienda.  
 Rompió en aplausos la gente,  
 Prendió el verdugo la hoguera

Y desplomóse de espaldas  
 Desmayada la princesa.  
 Perdon! dijeron algunos,  
 Y la muchedumbre—; *Muera!*  
 Cuando á la puerta del Norte  
 Sonó aguda una trompeta.  
 Calló asombrada la turba,  
 Y apercebido á la guerra  
 Seguido de cinco pajes  
 Entró un ginete á la prueba.  
 Con los blasones reales  
 Su negro escudo acuartela,  
 Caballos trae de batalla  
 Y corona en la cabeza.  
 Y es personaje sin duda  
 De real casa y reales prendas,  
 Pues mete en liza escuderos  
 Y pajes delante lleva.

V.

## EL JUICIO DE DIOS.

Llegó el caballero incógnito  
 A los andamios reales,  
 Y alzándose la visera  
 Y con el rey encarándose,  
 Del infante don Favila  
 Mostró el severo semblante.  
 Quedaran los cortesanos  
 Atónitos al mirarle;  
 Perdió la color el rey,  
 Y sobre el escaño alzándose  
 Plática entabló con él  
 Entre iracundo y amable.  
 EL REY.  
 Primo, seais bien venido.  
 ¿Qué viento á Toledo os trae?  
 DON FAVILA.  
 El que vuestros pregoneros  
 Con vuestras sentencias hacen.  
 EL REY.  
 ¿Sabeis, pues, vuestra deshonra?  
 DON FAVILA.  
 Vedlo, pues no llevo tarde.  
 EL REY.  
 ¿Habeis caminado mucho?  
 DON FAVILA.  
 Toda cuanta tierra cabe  
 Desde Asturias á Toledo.  
 EL REY.  
 Y habeis hecho tanto viaje...?  
 DON FAVILA, (*vivamente.*)  
 Para lidiar como es justo.  
 EL REY, (*con ira.*)  
 ¿Favila...! por la culpable?  
 DON FAVILA.  
 Por Dios que he corrido bien  
 Por llegar en este instante.  
 EL REY.  
 ¿Sabeis cuál es su delito?



DON FAVILA.  
Sé primo, que es nuestra sangre,  
Y que por no defenderla  
Es mengua que se derrame.  
EL REY.  
¿Tendreis tal vez prueba alguna  
De su inocencia?

DON FAVILA.  
Eso atañe  
A los que esto sentenciaron:  
Bástame á mí su linaje.  
Y sabed que aunque otra fuera  
Ser mujer era bastante  
Para romper yo una lanza  
A no defenderla nadie.

EL REY.  
¡Noble sois!

DON FAVILA.  
Nací en palacio,  
Nadie como vos lo sabe

Y su caballo volviendo  
Dejó al rey, que á replicarle  
Iba, y desairado viéndose  
Dijo iracundo, ¡adelante!  
Fuese el duque don Favila  
Al acusador, y en grave  
Acento y gesto sañudo  
Dijole palabras tales.  
—Yo, para lidiar conmigo  
—Os dispenso lo que os falte,  
—Y no riño mas que á muerte:  
—Ved pues si podeis matarme,  
—Porque si acabo con vos  
—He de daros por infame.  
—A vos y á todos les vuestros  
—A donde la raza alcance.  
—Con que á quien Dios se la diere  
—Bendígasela su madre.”

Y asiendo un caballo negro  
Que de hinojos le da un paje,  
Tomó campo don Favila  
Su antagonista imitándole.  
Quedó en profundo silencio  
La multitud un instante,  
Y la atencion fué profunda,  
Y el temor inesplicable.  
Unos están por el duque,  
Otros que el deseo saben  
Del rey, anhelan inicuos  
Que doña Luz no se salve.  
Y otros que ven la nobleza  
Del que á la batalla sale,  
De la princesa dolidos  
Por ella plegarias hacen.  
Ellos, mientras, lanza en ristre,  
Tendidos hácia adelante,  
A la señal de los jueces  
Salieron á todo escape.  
Viniéronse uno para otro,  
Y en el medio al encontrarse  
Tal nube de polvo alzaron,  
Que oscureciendo el lance,

Por movimiento uniforme  
Todos en su asiento alzándose  
Tendieron tras de los ojos  
Los cuerpos para mirarles.  
Y el espeso remolino  
Con el viento disipándose,  
Dejó ver las consecuencias  
Del encuentro formidable.  
Por valor ó por fortuna  
De un bote acabó el combate:  
Nadie con el cómo atina,  
Pero el hecho está palpable.

El bueno de don Favila  
Al acusador cobarde  
Tenia á sus piés tendido,  
Y la lanza asegurándole  
Al pecho, le amenazaba  
Con morir ó retractarse.  
Grande fué entonces el asombro,  
Y el bullicio fué muy grande,  
Que hay quien á magia lo achaca,  
Y otras causas semejantes.  
Y el rey que á su favorito  
Mira en tan extremo trance,  
Lanzó á la arena su cetro:  
Mas don Favila mas hábil,  
Antes que á tierra llegara  
Pasóle de parte á parte.  
Rompió en aplausos la turba  
Que todo al cabo lo aplaude,  
Gozó don Favila el triunfo,  
Y el rey gimió de coraje.

Dióse por libre á la infanta  
Y empezó á salir la gente,  
Cuando confuso tumulto  
Se levantó en el palenque.  
Asustáronse las damas,  
Y hubo voces diferentes  
De alarma—¡fuego!—¡á la vega!  
¡Fuera!—¡matarle! ¡gojerle!  
Y el alboroto redobla,  
Y en la confusion que crece  
Unos á huir se preparan,  
Otros á la bulla vuelven.  
Allá abajo entre una turba  
Se ven apenas los jueces  
Con sus insignias por alto  
A las que ninguno atiende,  
Y suenan voces de riña,  
Y puños por alto vénse,  
Aunque en verdad del tumulto  
Nadie la razon comprende.  
Sonaron, por fin, clarines  
Del rey, y entraron ginetes  
Que despejaron el campo  
Con que logran entenderse.  
Volvióse la multitud  
A los asientos, volviéronse  
Con el rey los cortesanos  
A sus sitios preferentes,  
Y demandando la causa  
El rey, fueron á ponerse

A sus piés tres caballeros  
Armados hasta los dientes.  
Enojado el rey Egica,  
Díjoles.—*¿Quién son? ¿qué quieren?*  
Y alzó la voz uno de ellos  
Diciendo: *vasallos fieles,*  
*Amigos de la justicia,*  
*Y del difunto parientes,*  
*Señor, la misma demanda*  
*Entablamos nuevamente,*  
*Y á desafiar venimos*  
*A su vencedor á muerte.*

Brilló en el rostro del rey  
Traidora sonrisa oyéndole,  
Y dijo con voz de triunfo  
A don Favila volviéndose:  
—Primo, ¡admitís la demanda?  
Ya veis que con causa viene!  
—Que vengam en hora buena!  
Yo traigo quince ginetes;  
Y admito por cada cuatro  
de mis caballeros, siete.  
—Y yo soy que á mi sobrino  
Mantenedor del palenque,  
Esclamó entrando en la liza  
Otro, cuya voz potente  
Cubrió el rumor que en el pueblo  
La nueva noticia mueve.  
Fruñó las cejas Egica  
Viendo al nuevo combatiente  
Y esclamó: ¡vos, Godofredo,  
Vais á lidiar!

—Me parece:  
¡Ea! buen duque, á caballo!  
Que hombres de nuestra progeñe  
Por un contrario de mas  
Batalla escusar no pueden;  
—No tío, ¡viven los cielos!  
Pero algo ha de concederse  
A quien como noble lidia,  
Y abriga sangre de reyes.  
Yo solo mantengo el campo,  
Que tiren entre ellos suertes  
Y al que le toque, que salga.  
Pero, ¡ay de ellos si no vencen,  
Todos quedarán esclavos  
Para cuidar mis lebreles,  
Yo arrastraré al que derribe,  
Y escupiré á los que queden.  
—Eso sí, sobrino mio,  
Mas si por desdicha vencen,  
Soy tu padrino y no dudes  
Que vengaré bien tu muerte.  
—Pues á caballo!

—¡A caballo!  
Y al punto la lid resuelven,  
Sentadas las condiciones  
Entre padrinos y jueces.  
Volvió á temer doña Luz  
Acusada doblemente,  
Y el pueblo volvió á gozar,  
Porque el pueblo goza siempre.

Salió al combate don Bristes,  
Mozo de años veintinueve,  
De alma relajada y fiera  
Y esforzado como un Hércules.  
Mucho de su fama y brío  
Por don Favila se teme,  
Y dicen que el rey nombra  
Por el mas recio escogiéndole.  
Ello es que él y don Favila,  
Lanza en ristre y frente á frente,  
Apercibidos esperan  
La señal de acometerse.  
Diéronse los padrinos  
Y uno para otro viniéndose  
En la mitad de la arena  
Se hallaron bizarramente.  
Don Bristes de una lanzada  
Hendió escudo y coselete  
A don Favila, que apenas  
En la silla se mantiene,  
Y don Favila mas diestro,  
Aunque en golpe menos fuerte  
El hombro derecho á Bristes  
Certo le desgarneció  
Pero ambos en los arzones  
Con buena prez manteniéndose,  
Con nuevas lanzas que toman  
Segunda carrera emprenden.  
Erró don Bristes el golpe  
Por fiarse solamente  
De su fuerza, y don Favila  
De su falta aperciéndose  
En un vigoroso encuentro  
Tendió caballo y ginete.  
Muerto, al ver que toca en tierra  
Todos á la par creyeronle,  
Mas caballero famoso,  
De su destreza valiéndose,  
Con rapidez inaudita  
Tornó á alzarse de repente.  
Glorioso, arrancó un aplauso.  
Y por Dios que lo merece,  
Porque es asombroso lance  
Y sutilísima suerte!  
Atónito don Favila  
Quedó, y receloso al verle  
Venírsele espada en mano  
Rabioso como una sierpe,  
También acudió á la suya,  
Mas no tan pronto revuelve  
Que no le alcance del tajo  
Mucha parte en el almete.  
Cargóle el rápido Bristes  
Colérico por dos veces,  
Y evitóle don Favila  
Casi milagrosamente  
Y siempre entrando y saliendo  
Y acuchillándose siempre,  
Si bien le trabaja Bristes  
Bien el duque se defiende.  
Pero viendo don Favila  
La ventaja que en sí tiene  
Por ser mejor su caballo



Al que manda fácilmente,  
 Dió en esquivar á don Bristes,  
 Acechando cautamente  
 Un paso sentado en vago  
 Que descubierto le deje.  
 Con lo que el otro creyendo  
 Que ya don Favila teme,  
 Su afán redobla, y su potro  
 Con tal ímpetu revuelve,  
 Que ya doña Luz desmaya,  
 Y ya murmura la gente,  
 Y ya con hartó trabajo  
 Los aplausos se contienen.  
 Mas el diestro don Favila  
 Se cierra tan de repente  
 Con Bristes, que ambos á dos  
 A tierra á un tiempo se vienen.  
 Cayó bajo su caballo  
 Don Bristes innoblemente,  
 Y el duque por la garganta  
 Su agudo puñal le mete.  
 Soltó la espada el vencido,  
 Tendió los brazos inermes,  
 Y asieron de don Favila  
 Los padrinos y los jueces.

DON GODOFREDO.

¡Dame los brazos sobrino!

DON FAVILA.

Tío, matarle no basta,  
 Fuerza es que á toda su casta  
 Llegue su fatal destino.

JUEZ.

Se abrió el campo caballero  
 A la lid, no á la venganza.

DON FAVILA.

Cuanto derriba mi lanza  
 Pertenece á mi escudero.  
 Si en leyes entendeis vos,  
 Yo entiendo en lances de riñas,  
 Con que dejad socaliñas  
 Que me cansais ¡voto á Dios!  
 Escudero, en buena ley  
 De impostores para mengua,  
 Arranca al muerto la lengua  
 Y pónla á los pies del rey.

JUEZ.

A nadie se permitió...

DON FAVILA con desprecio.

Si á nadie se ha permitido  
 Tampoco permiso pido,  
 Que primo del rey soy yo.

Con cuyas fieras palabras  
 Desairados los presentes,  
 Los jueces se desconciertan  
 Y el escudero obedece.  
 Y sigue aplaudiendo al duque  
 Con estrépito la plebe,  
 Y entréganse despechados  
 Del vencido los parientes.

DON FAVILA.

Tío, decid á esa dama  
 Si está su honor satisfecho,

Y al rey si basta lo hecho.  
 Para volverla su fama.

DON GODOFREDO.

El rey se partió indignado  
 Tal vez de tu demasia.

DON FAVILA.

Mañana será otro día  
 Y se habrá desenojado.  
 Pues si llora por el muerto  
 No me tendrá en gran favor.

DON GODOFREDO.

Que lo cuentes es mejor  
 Sobrino.

DON FAVILA.

Estais en lo cierto.

Con que tío, Dios os guarde,  
 Que he apretado bien los puños  
 Y tengo varios rasguños  
 Segun creo, y se hace tarde.

Y en tanto que hablaban esto  
 Don Godofredo y el duque,  
 El rey se salió del circo  
 Con ira ó con pesadumbre.  
 Dió por libre á doña Luz,  
 Pero segun se presume  
 Secretos designios guarda,  
 Y negra intencion encubre.  
 Porque al punto que don Bristes  
 Cayó bajo el brazo ilustre  
 De don Favila, sus guardias  
 Con celo que bien no arguye,  
 Asieron de la princesa  
 Y quedó la incertidumbre  
 De si va libre y honrada  
 O si presa la conducen.

Ello es que estos pormenores  
 Que por entre el vulgo cunden,  
 Sospechas alzan y miedos  
 Que hacen que asaz se murmure;  
 Y ello es que á hablar en secreto  
 Por la tarde se reúnen

Los vecinos, y se teme  
 Que en partidos se pronuncien.  
 Porque se habla demasiado  
 Del combate, y atribuyen  
 A Dios mucha parte, y dicen  
 Que su mano se descubre.  
 Pues que vuelve por el justo,  
 Y no obra el rey cual le cumple.

Lo cierto es que hay destinados  
 Cien ginetes que patrullen,  
 Y el rey ha enviado á su primo  
 Un mensaje que en resúmen  
 Le intima que á sus estados  
 Para volver se apresure

Y así se pasó la tarde,  
 Y el mundo en sombras se sume,  
 Y envuelve el cielo la noche  
 Con pabellones azules.  
 Algunas estrellas lánguidas

Acá y acullá relucen,  
 Diseminadas antorchas  
 Que mas que aparecen huyen.  
 La luna asoma á pedazos  
 Por un peloton de nubes  
 Que la circunda fantástico,  
 En forma y color voluble.  
 Y al fin por mas que los nobles  
 El juicio de Dios divulgen  
 Haciendo favor al rey,  
 Y por mas que él disimule,  
 No queda nadie en Tolédo  
 Tan necio á quien se le oculte  
 Que doña Luz sigue presa  
 Y que se destierra al duque.  
 Por eso en la torrecilla  
 Del gótico alcázar, luce  
 La lámpara misteriosa  
 Que pena y desvelo arguye  
 En quien la habita, por eso  
 El reposo se interrumpe  
 De la noche con los ayes  
 Que necio pavor infunden  
 En los guardias de la torre,  
 Y cuyo son les aturde,  
 Mientras en el aire vaga  
 Y en el aire se consume.

## VI.

## ENCUENTRO Y RESOLUCION.

¡Ay triste del que ufano  
 Y alegre en apariencia  
 Figura á los placeres  
 Quimérica aficion,  
 Y rie y goza, y muchos  
 Envidian su existencia,  
 Y un torcedor secreto  
 Le roe el corazon!

¡Ay triste del que lleva  
 Los zelos en el alma  
 Y afecta en el semblante  
 Las risas del placer,  
 Y sus palabras mienten  
 La venturosa calma,  
 Porque suspira ansioso  
 Su contristado ser!

Sí, triste á quien asalta  
 Perdido un pensamiento  
 Cuya horrosa duda  
 Destruye su ilusion,  
 Y vaga por su mente,  
 Cual á merced del viento,  
 Bajel desorientado  
 Sin velas ni timon.

¡Ay, pobre caballero  
 Cuyo leal cariño  
 Secreto largos años  
 A su beldad guardó,  
 Soñando á su querida  
 Mas pura que el armiño,  
 Y al cabo de una ausencia  
 Sin honra la encontró!

¡Quién hallará palabras  
 Que al caballero amante  
 Consuelen, ó á lo menos  
 Satisfaccion le den,  
 Cuando en la lengua torpe  
 Del vulgo petulante  
 Prostituido encuentra  
 El nombre de su bien?

¡Ay! la princesa amaba  
 En otro tiempo á un hombre  
 Que los rabiosos zelos  
 Estimuló del rey,  
 Y de quien no bastaron  
 A descubrir el nombre,  
 Ni el pavoroso juicio  
 Ni la sangrienta ley.

Si aun la ama, si el delito  
 Tal vez es verdadero,  
 ¿Por qué por honra propia  
 No viene á combatir?  
 ¿Por qué si la ha infamado,  
 No sabe el caballero  
 Satisfacer cual noble  
 O cual leal morir?

Mas pues la acusan todos  
 Habrá razon alguna  
 Para que todos la hagan  
 Tan vil imputacion:  
 Y entonces ¡ay! ¿quién sabe  
 Si por fatal fortuna  
 Ageno será el crimen,  
 Y agena la pasion?

Y ¡ay triste del que lleva  
 Los zelos en el alma  
 Y afecta en el semblante  
 La risa del placer,  
 Y sus palabras mienten  
 La venturosa calma,  
 Porque suspira ansioso  
 Su contristado ser!

Mas doña Luz á solas  
 Llorando sin consuelo  
 Por su galan oculto  
 Se aflige sin cesar,  
 Y prematura muerte  
 De hinojos pide al cielo,  
 Si acaso pudo ingrato  
 Su corazon cambiar.



Y acaso en este instante,  
Con torcedor secreto  
Los zelos se apoderan  
A un tiempo de los dos,  
Y van por dos caminos,  
Entrambos á un objeto,  
El uno en pos del otro  
De su ventura en pos.

Está avanzada la noche,  
Fria por demas y oscura,  
Apagadas las estrellas  
Y encapotada la luna.  
Sopla á ráfagas el cierzo,  
Y aunque tormentoso nunca,  
Segun por donde se arrastra  
Silba, gime, brama ó zumba.  
Todo en Toledo reposa,  
Y negra, apiñada y mustia  
Se ve la ciudad que á trechos  
En la sombra se dibuja.  
Y allá por entre las peñas  
Del valle opaco en la hondura,  
Se oye el ronco son del agua  
Del Tajo, que se derrumba  
Entre los rudos peñascos  
Alzando hervorosa espuma.  
Medrosos sitios son estos!  
Medrosos por las figuras  
Informes que representan  
Y por tradiciones muchas.  
Misteriosos son aquellos  
Peñascos y quebraduras,  
Cuyos contornos se estienden  
En irregulares curvas,  
Que en la fantasía toman  
Forma y variedad difusa,  
Y vida en el miedo encuentran  
Y en las creencias se abultan.  
Avanzando silenciosa  
Por su superficie rústica,  
Viene á estas horas subiendo  
Una sombra lenta y muda.  
Y ya por paso mas fácil,  
O porque mejor la encubran,  
Con la sombra mas espesa  
De los peñascos se escuda.  
Cumplido manto la emboza,  
Y aunque impedirlo procura,  
La malla y los acicates  
Por debajo le relumbran,  
Y á cada paso se sienten  
El crujir de la armadura,  
Cuyas piezas al moverse  
Se separan y se juntan.  
Y no sé qué de siniestro  
En tales sitios augura,  
Quien en tan lóbrega noche  
Su fria soledad turba,  
Y bien á lo que parece  
Conoce el lugar sin duda.

Pues ni en lo áspero tropieza  
Ni lo difícil le asusta;  
Y avanza y gira á su tiempo  
Con precision, y segura  
Su planta evita los brezos  
Y los pedregales cruza.  
Así de una en otra peña  
Llegó trepando á la altura  
Hasta tocar del alcázar  
Las viejas murallas húmedas,  
Donde apartada una piedra  
Que falso postigo ocultaba  
Iba á alzar con una llave  
La mohosa cerradura.  
Mas no bien la estrecha puerta  
Tocaba, cuando la punta  
De una espada en la garganta  
De repente le asegura.

—“Quién va allá,” le preguntaron,  
Mas con repentina astucia.  
—“El diablo! contestó al punto,  
Y con impensada furia  
Dando sobre el que le amaga  
—¿Quién vá? á su vez le pregunta.  
Quedaron pues, cara á cara,  
Aunque cada cual la suya  
Recata cuidadosamente  
Y aprestados á la lucha.  
Mas el que amagó primero,  
Ya por miedo ó por cordura  
Bajando primero el arma,  
Así la cuestion escusa.  
Diciendo: “De todo el muro  
Es esta la puerta única,  
Solo dá entrada á esta torre,  
Y vos conocéis la ruta.  
Que ibais á entrar está claro,  
Con que de dos cosas una:  
O el galan de doña Luz  
Sois, ó en la sombra nocturna  
Fiado, en la torre entrabais  
De oro y de alhajas en busca.  
Si lo primero en mis manos  
Tengo yo vuestra fortuna,  
Si lo segundo, mis gentes  
Apostadas en la hondura  
Dan con voz á una señal  
En la corriente profunda.  
Con que hablad, pues.”

—“Norabuena!

Y escuchadme, esta es la única  
Puerta que lleva á esta torre  
Y vos conocéis la ruta.  
Que ibais á entrar me sospecho,  
Con que de dos cosas una:  
O el galan de doña Luz  
Sois, ó en la sombra nocturna  
Sorprendido su secreto  
Habeis venido en su busca.  
Si lo primero, me importa  
Estorbar vuestra fortuna;  
Si lo segundo, uno es fuerza  
Que en la eternidad se hunda.

Con que hablad pues.” —Norabuena,

Y ó la razon se me ofusca  
O al cabo de la cuestion  
Nos encontramos en suma:  
Vos sois el galan oculto.  
—Y vos mi rival. —Sin duda.  
—Defendeos, pues.

—Primero  
Fuerza es que aclaremos una.  
—¿Cuál?

—La de con quien reñimos.  
—Yo no me descubro nunca,  
Cuando riño por guardarme.  
Aparte necias escusas  
Señor valiente, que ha dado  
Con quien de razones gusta  
Porque me importa el asunto  
Mas de lo que se os figura,  
Y si es tal vuestro secreto  
Que en descubrirlo haya culpa,  
Mi nombre es la garantía  
De que lo echais en la tumba;  
Que el príncipe Godofredo...

—Vos, mi tio?  
—Bondad justa  
De Dios, eres don Favila?  
—Yo soy.

—Pero qué te turba?  
Oh! de hallarme tan á tiempo  
Da gracias á la fortuna,  
Que sé mas de lo que crees  
Por mucho que te presumas.  
Pero entremos, que no es justo  
Platicar en pié y á oscuras.  
Tras cuyas frases metiendo  
La llave en la cerradura,  
Desaparecieron ambos  
Por la puertecilla oculta.

Su infortunio en maldecir  
Y en suspirar y gemir  
Se ocupaba la princesa,  
Cuando oyó con mucha priesa  
Por el caracol subir.  
Sobresaltóse advertida  
Y asíó por dentro el cerrojo,  
Tal vez temió por su vida,  
Que no hay precaucion perdida  
Del rey contra el fiero enojo.

Dieron cautelosamente  
Dos golpecitos por fuera,  
Mas doña Luz cautamente  
A oír aguardó prudente  
La voz del de la escalera.

“Luz.” —Dijeron, mas tan quedo  
Que no pudo conocer  
El acento y tuvo miedo:  
Porque temia en Toledo  
Mucha traicion que temer.

DON FAVILA.  
“Abre Luz, ¿no me conoces?”

DON GODOFREDO.  
Despierta si estás dormida.  
DON FAVILA.  
Por dulce sueño que goces  
Desvelente, Luz, mi voces,  
Despierta por Dios, mi vida!

A cuyo amoroso acento  
Respondiendo el corazon  
De doña Luz, y un momento  
Dudando, abrió su aposento  
Al iman de su pasión.

Pero mirando turbada  
A Godofredo con él,  
Recibióles reservada,  
Severa y disimulada,  
Siempre á su secreto fiel.

DON LUZ.  
Tal vez, buenos caballeros,  
Con nobleza ya excesiva  
Venis de nuevo á ofreceros;  
Tal favor agradeceros  
Sabré yo mientras que viva.

Que aunque será, segun creo  
Por breve tiempo quizás,  
Lo grande de mi deseo  
Podrá suplir lo demas.

DON GODOFREDO.  
(¿Qué farsa es esta que veo!)  
Luz, la brevedad importa,  
Responde: esta letra ¿es tuya?

Quedó doña Luz absorta,  
Cuestion tan precisa y corta  
Sin atinar cómo huya.

Y el tio que esto previno  
A los ojos la ponía  
El escrito pergamino,  
Que á dar en sus manos vino  
Allá en Alcántara un día.  
Posaba convulsamente  
En él la avara pupila  
Doña Luz; su tio enfrente  
Sonreía dulcemente,  
Y temblaba don Favila.

Al cabo rompió á llorar  
La pobre madre culpada,  
Sin osarle preguntar  
Por su prenda abandonada  
En los brazos del azar.

Y abriéndola con ternura  
Los suyos don Godofredo  
“Ven (la dijo) está segura  
“Esa prenda de ventura,  
“Pero lejos de Toledo.

“Y abrazaos ¡vive Dios!  
“Que el cielo piadoso aprueba  
“Lo que hartó costó á los dos;  
“Que va de la culpa en pos  
“Pero aborrece la nueva.”

Y los dos tiernos amantes



Por tanto tiempo constantes  
En un cariñoso abrazo  
Lid, olvidaron y plazo  
En tan ansiosos instantes.

Lloraban ambos al par  
Con lágrimas de ternura,  
Y ya próximo á llorar  
El tío sin respirar  
Bendecía su ventura;  
Cuando oyeron de repente  
De pobre instrumento el son,  
Y entre el son de la corriente  
Del Tajo, alegre canción  
Entonada diestramente.

DON GODOFREDO.

¡Ea! no escuse lo menos  
Quien ha emprendido lo mas,  
Id vuestra ruta serenos  
Que mis caballos son buenos,  
Y os queda un amigo atrás.

DOÑA LUZ.

¡Cómo señor, ¡qué es aquesto?  
DON GODOFREDO.  
Todo lo tengo dispuesto.  
Y no hay remedio mejor  
Ni para guardar tu honor,  
Ni para evitar su arresto.

DON FAVILA.

¿Y el rey?

DON GODOFREDO.

Yo me quedo aquí.  
Esposos sed ante Dios,  
Que el rey Egica ante mí  
Tendrá que ver que nací  
El mas justo de los dos.

### CONCLUSIÓN.

Estaba cercano el día;  
La luna en el horizonte  
Escasa luz despedía  
Y á largos pasos se hundía  
Detras del alzado monte;  
Cuando solo y descuidado  
En largo manto embozado  
Despacio entraba en Toledo  
Un hombre, que bien mirado  
No era otro que Godofredo.

Y allá á lo lejos se vian  
La estensa vega cruzando  
Varios ginetes que huían,  
Que mas se devanecian  
Cuanto se iban alejando.

Pasó Godofredo el puente,  
Y apenas apareció  
La aurora en el rojo oriente,  
Firme el pié y alta la frente  
En el alcázar entró.

Lo que pasó dentro de él  
Entre el infante y Egica,  
Nadie en Toledo lo esplica  
Ni se halla en ningun papel.

Ello es que don Godofredo  
De una hora tras él despacio,  
Volvió á salir de palacio,  
Y se ausentó de Toledo.

Y en el aire triunfador  
Con que dicen que salía,  
Bien claramente se via  
Que llevaba lo mejor.

El rey desde su partida  
Presa de oculto pesar  
Cercano estuvo á exhalar  
A sus rigores la vida.

Y en cuanto esta le duró  
Ni al duque persiguió mas,  
Ni el bello nombre jamás  
De la princesa mentó.

Y aunque recias tempestades  
Fueron á turbarles luego  
De su retiro el sosiego  
Y el bien de sus soledades,

Del rey su tío á cubierto  
Ellos allá en sus estados  
Vivieron muy bien casados,  
Y esto es, ¡oh lector! lo cierto.

Y acaso en otra ocasion  
Si tu favor me aseguras,  
Sabrás otras aventuras  
De doña Luz, que hartas son.

Mas si no son de tu gusto  
Lector, las que te conté,  
No hablemos mas, porque á fé  
Que no me coge de susto.

## LEYENDA TERCERA.

### CAPITULO PRIMERO.

#### DE COMO UN ESPAÑOL SE ENAMORO DE UNA FRANCESA.

En un día de Febrero,  
Como á las tres de la tarde,  
Del rio Arlanza mirando  
Los fugitivos cristales,  
Y entre el camino de Francia  
Y el rio humilde paseándose,  
Vióse á un hombre vagando  
Por su solitaria márgen,  
Hidalgo y rico á juzgar  
Por su gentileza y trage.  
En secretas reflexiones  
Abismado, y sin curarse  
De cuanto en rededor pasaba  
Seguia, cual si ocupasen  
Su mente graves cuidados  
O duelos su ánima graves.  
Parado estaba del puente  
Cabe los altos pilares,  
Cuando llamó su atención  
Ruido y polvareda grandes  
Que alzaban muchos ginetes  
Por el camino adelante.  
Alargó, pues, el hidalgo  
Sus pasos para encontrarles,  
Bien fuese curiosidad  
O bien que les aguardase.  
Salió al lindel del camino,  
Y á la turba aproximándose  
Peregrinos vió y juzgóles  
Gente de noble linaje.  
Dos damas y un caballero  
Eran y con antifaces  
Traían cubierto el rostro,  
Costumbre de tiempos tales;  
Caballos traían recios,  
Cruces de plata, y por pajes  
Quince ginetes armados  
Del casco á los acicateas.  
Llegados ante el incógnito  
El caballero parándose

Dijole: Dios sea loado,  
Buen hombre.—Y él con voz grave  
Repuso: Loado sea  
Por siempre, buen caminante.  
—¿Por donde voy al palacio  
Del conde Garci Fernandez?  
—¿Pensais en él hospedaros?  
—Si que pienso.

—Muchas calles

Hay que cruzar, y yo mismo  
Es mejor que os acompañe,  
Si la atención no os enoja.  
—Si ese camino llevaréis  
Para ir á vuestros quehaceres  
Consiento, y Dios os lo pague.  
—Voy también hácia el palacio.  
—Entonces echad delante.

Tomó el de á pié en este punto.  
La vuelta á los arrabales,  
Y sin que hubiesen los guardias  
Ocasión de demandarle  
Sino de hacerle gran honra  
Como á ilustre personaje,  
Entró en Burgos por la puerta  
Que á Santa María cae.  
Y aquí con los peregrinos  
Que le seguían juntándose,  
Conversacion introdujo  
Con palabras semejantes.  
—¿Y á dónde es el derrotero?  
—A Santiago.

—Es una imágen

Y una iglesia milagrosas.  
¿Y de qué tierra se parten?  
—Desde Tolosa de Francia.  
—De agradecer es el viaje!  
¿Es devoción ó promesa?  
—Es devoción y eso baste,  
Que habeis hecho tres preguntas  
Sin que es preguntára nadie.  
—Perdone el buen peregrino.  
—Vaya el buen guía adelante.  
Y en esto el de á pié teniéndose  
Ante un edificio grande